

IV.

Guy de Lissac habitaba en la calle de Aumale un pequeño pabellón, que formaba un hotelito, en el fondo de un jardín. Había dado para que le arreglasen aquel nido de soltero—nido donde las criadoras se sucedían rápidamente—había dado carta blanca á uno de esos tapiceros que se pintan solos para la cosa.

Lissac, que tenía bastante buen gusto para descubrir una á una pepitas de oro, desde el punto de vista artístico, en el arroyo de París, había creído muy cómodo despertarse una mañana en un hotelito lleno de elegantes y curiosos objetos japoneses, de cortinajes chinos de seda, de tapices, de cuadros del Renacimiento y de figuritas de *terracotta*, retorciéndose sobre sus pedestales con coquetería. El tapicero tenía buen gusto, y Lissac mucho dinero. Los *bibelots* de todas clases eran auténticos. El aspecto coquetón de la morada, por todo extremo seductor. Cierto que en aquella casa de soltero faltaba algo personal, característico, la huella de un gusto determinado, de una afición á una época ó á una cosa: cuadros ó libros de un gé-

nero. En medio de aquella multitud de rarezas y curiosidades disparatadas, donde los caprichos de ébano y marfil se mezclaban confusamente á los bronceos de Barye ó á las figurillas de Sajonia, faltaba para dar á la colección la huella de una afición particular, algo así como una nota predilecta. Aquella morada de un muchacho á la moda, con su cama de madera blanca, adornada con un dosel Luis XV y pájaros tallados en las molduras de las cabeceras, parecido al lecho de la reina en Trianon, recordaba vagamente la casa de una mujer elegante.

Gracias á que Guy había hecho colocar algunas panoplias en las que se veían sables de Sarmurain, kris malayos, puñales de Oriente, metidos en sus vainas de terciopelo, y sobre el fondo verde de los tapices de la antesala, otra panoplia con finísimas espadas de combate, con guarnición de acero, alternando simétricamente con dagas escocesas con empuñadura de plata; todo lo cual daba aspecto varonil al hotelito del rico paseante en corte, perfumado de Ylang-ylang como la casa de una mujer guapa, joven y á la moda.

Guy vivía en París alegremente, dejando que Vaudrey, su amigo querido, su antiguo compañe-

ro de colegio en Grenoble, persiguiera los goces de la política y saborease, como decía Lissac con ese tono de burla y chacota que es el tono habitual de la conversación parisiense, *las dulzuras del poder*; para él lo que había de tentador en París era París mismo. Sus placeres, sus estrenos, sus sorpresas, sus aventuras, sus mujeres, ese humillo de escándalo y ese perfume de refinada corrupción, que era como el olor propio de su tiempo y de su medio ambiente.

Había gastado sin sentirlo y sin lamentarlo después, dos fortunas considerables; había probado á ser periodista; había ensayado operaciones financieras; había ganado dinero en la Bolsa para perderlo en los casinos; conocía á todo el mundo y era de todos conocido; siempre sonriente, adorado por las mujeres de vida alegre, temido de los hombres, bien emparentado, noble de verdad, había podido cruzar, sin mancharse en ninguna, todas las bohemias, encontrando siempre algún tío de quien no se acordaba, ó algún amigo complaciente, para saldar á tiempo sus deudas de juego, ó para resolver honrosamente sus cuestiones personales; en la actualidad, con dinero y viviendo bien, con el corazón bien dispuesto y el estómago capaz de resistir á todos los excesos imaginables, alegre,

sin odio á la vida, que le parecía tiempo de presidio que era necesario pasar lo menos mal posible; parisiense hasta la médula de los huesos, y más que parisiense provinciano aclimatado en París é impregnado de *parisina* como algunos enfermos lo están de morfina; juzgando á los hombres con arreglo á su talento, las acciones según sus resultados, y á las mujeres por el estado de sus guantes; endiabladamente escéptico; la lengua larga y el carácter indulgente; joven á pesar de sus cuarenta años, y hasta pretendiendo que ésa es la mejor edad del hombre—la edad de la fortuna y de las buenas fortunas—vivía y tomaba los tiempos y las cosas como son, pensando prudentemente que un día de nieve ó de lluvia no dura más que un día de sol, y que después de todo una mala noche pasa pronto.

Lissac había pasado parte de la noche anterior, después de separarse de Vaudrey; en la Plaza Vendome, en su círculo. Había jugado y había ganado. Quedóse dormido leyendo una novela de moda, obra de escrupulosa observación, pero que destilaba fastidio, y despertó bastante tarde, con la cabeza algo cargada. Los techos de las casas de enfrente á su hotel estaban cubiertos de nieve, y desaparecían bajo aquella inmensa capa blan-

ca medio confundida con el fondo del cielo gris claro.

—¡Mal tiempo! Mejor—pensó Lissac;—así no vendrán visitas.

—No recibo á nadie—añadió luego dirigiéndose á su criado. Con este tiempo no puede venir nadie como no sea á pedir dinero prestado.

Estaba acabando de almorzar un huevo pasado por agua, en el cual metía una elegante cucharilla rusa, de plata, en tanto que el té humeaba en una preciosa tetera, de plata también, adornada con dibujos japoneses, cuando á pesar de la orden que había dado, el criado le entró una hoja de cartera donde habían escrito un nombre con lápiz.

—No viene á pedir dinero, señorito.

Guy cogió el papel desdeñosamente, creyendo, á pesar de la opinión de su ayuda de cámara, que iba á tropezar con el nombre de algún pobrete importuno que ni siquiera tenía dinero para hacerse tarjetas, y poniéndose el lente deletreó lo escrito en el pedacillo de papel, y después de haber dejado escapar un *¡hola! ¡hola!* y un *¡caramba!* lleno de extrañeza, dijo levantándose:

—¡Que entre!

Tiró sobre una silla la servilleta adamascada, é instintivamente se miró al espejo, como hace una

coqueta antes de la cita, se arregló su batín de franela y se hizo el lazo de la corbata, que medio ocultaba el cuello de seda de su camisa de mañana.

En el momento en que estaba mirando cómo caían sobre sus elegantes zapatillas morunas los pliegues de su ancho pantalón de franela, una mujer levantaba el cortinón de seda bordado que había en la puerta del comedor, mirando al joven y diciendo con voz clara, mientras sonreía graciosamente dejando ver unos dientes blanquísimos:

—¡Buenos días, Guy!

Lissac se dirigió á ella con las dos manos extendidas.

La joven dejó caer el cortinón de seda y después de un instante de tenerlas en el aire, puso sus dos manos diminutas, calzadas con guantes de piel de Suecia, en las de Guy, y miró á éste fijamente, sonriendo.

Él parecía un poco sorprendido y la contemplaba como quien estudia á alguien ó algo que no se ha visto en mucho tiempo; y la joven levantaba la cabeza con cierta graciosa desfachatez, enseñando la cara como si se prestase gustosa al examen.

—¿No me esperabais? ¿eh?—dijo luego de un instante.

— Confieso.....

— Bien se puede apostar á que no pensabais ciertamente en mí.

Guy quiso inclinarse y depositar por toda respuesta un beso en la punta de aquellos dedos, pero reflexionó que desde que no la veía la raya de sus cabellos castaños se habían aclarado endiabladamente, y permaneció de pie é inmóvil mientras contestaba con la fatuidad de un muchacho guapo:

— Os equivocáis, porque pienso en vos con muchísima frecuencia.

Ella, con una mirada en rededor, había examinado los muebles del comedor, los cuadros, los dibujos y los objetos del aparador, y sentándose y poniendo los piecitos uno encima de otro y muy cerca del fuego que ardía en la chimenea, dijo:

— ¡Qué bien alojado estáis! Es verdad que yo sé que siempre habéis tenido muy buen gusto, mi querido Guy.

— No lo tengo tan bueno como antes, mi querida Mariana — dijo dando á estas palabras el tono de una galantería.

Mariana se echó á reír y se encogió de hombros.

— ¿Me encontráis muy variada? — preguntó bruscamente.

— Sí, rejuvenecida.

— No lo creo.

— Palabra de honor. Tenéis todo el aspecto de una colegiala.

— ¿De qué clase, Dios mío? — dijo Mariana con una de sus alegres carcajadas que esta vez era un poco nerviosa.

Él seguía mirándola con curiosidad.

El fuego de la chimenea despedía alegres llamaradas que, reflejando en aquella mujer, encontraban su tez pálida y daban á sus ojos, no muy grandes, pero expresivos y vivísimos, un aspecto singular. Ella medio volvía hacia él su elegante busto, mostrándole la nariz un poco remangada, pequeña y graciosa, la boca grande, pero de una sensualidad irritante, que atraía como irresistible imán y algo contraída por una sonrisita que, tanto parecía un signo de desafío, como de invitación amorosa.

Había dejado caer sobre el espaldar de la butaca un abrigo de pieles bastante usado, y de su robusto cuerpo, metido en un vestido que dibujaba admirablemente sus encantadoras formas, salía la nuca blanquísima de reflejos dorados, medio oculta bajo una mata abundantísima de cabellos de un rubio oscuro muy pronunciado.

Habíase quitado los guantes de piel de Sue-

cia, que retorció maquinalmente entre sus dedos.

Existía en ella una extraordinaria elegancia natural, una delicadeza de aspecto que contrastaba un poco con el traje, no en muy buen uso, y Guy, que estaba muy acostumbrado á darse cuenta en seguida de la situación material de las gentes que trataba, adivinó algún apuro en aquella mujer á quien cuatro ó cinco años antes había conocido encantadora, en medio del ensordecedor estruendo de una vida de locura, de artificio, de un lujo pasajero, apagado ahora como si hubiese sido en efecto un castillo de fuegos artificiales.

¡Mariana Kayser!

De todas las mujeres que había conocido, aquella era ciertamente la que más había amado con amor absoluto, sin reflexión, febril, lleno de locuras. Mariana no era una mujerzuela, era una refractaria, una mujer libre por carácter, sublevada contra la sociedad, harto pobre para casarse, demasiado altiva para convertirse en cortesana, y demasiado levantisca para aceptar con resignación lo humilde de su destino.

Huérfana, educada por un tío suyo, Simón Kayser, un pintor solemne, por decirlo así, que no se preocupaba de nada ni de nadie más que de su arte y de la moralidad, de la dignidad, de la

superioridad de su arte, y el cual, á la sombra de su propia conciencia, había dejado que se desarrollara libremente, como el veneno en las plantas, la perversidad y el anhelar constante y loco de su sobrina; al lado de ese hombre, en la atmósfera viciada de un hogar de solterón desordenado, Mariana había vivido siempre con los apuros propios de la joven mal acomodada y pobre, cuyos instintos todos la llevaban invenciblemente al lujo y á la suntuosidad.

Había crecido en medio de la extraña promiscuidad de los *modelos* y de los compañeros de taller y como envuelta en el humo de las paradojas y de las pipas. Cuando pequeña, divertía como si fuera un juguete, á aquel pintor sin talento, que la dejaba correr y saltar sobre los divanes del estudio como si fuera un gato que sirviese para encenderle la estufa y para cargarle la pipa.

En el estudio del pintor había algunos libros. Ella los leía todos, sin elegir, ávidamente, mirando con curiosidad las imágenes donde se cambiaban besos sensuales detrás de una cortina ó las faldas remangadas de alguna damisela que enseñaba el pie ó algo más. Había sido mujer muy pronto, sin que Kayser advirtiese que podía comprender las cosas y juzgar de ellas.

Aquel pobre fanático, entregado por completo á composiciones místicas en las cuales la pintura se convertía en una nebulosa, según él aseguraba, filosófica y demostrativa; aquel pensador cuyo pincel pintaba enigmas como hubiese podido pintar letreros para una tienda, no se acordaba de que tenía á su lado una criatura que crecía, apasionada á su vez por ilusiones quiméricas, atraída por el abismo; pero buscando no el lado misterioso de las nubes, si no lo desconocido de la vida, el secreto de las visiones que la turbaban y de las embriagadoras tentaciones que la ponían calenturienta.

Si alguna vez, bajando de su nebulosa, hubiese tocado tierra, el tío Kayser habría podido hallar en el fondo de la mirada de Mariana, un ardor febril, y en sus gestos algo de calenturiento y de impaciente.

Pero aquel hombre rubio y gordo que hablaba siempre alto acariciándose el abdomen, de la moralidad artística, de la dignidad estética, de la necesidad de levantar el nivel del arte, de darle una misión, un objetivo, un ideal, hacerlo *educador, moralizador*, no se preocupaba de semejantes cosas, y dejaba vagar como un perrillo criado en el estudio á aquella criatura por instinto viciosa,

aburrída, febril y apasionada, que llevaba su apellido.

Aislada y olvidada, la joven, permanecía á veces horas y días enteros encorvada sobre un libro, pálida, con los labios secos, con ojos animados por llamaradas de deseo, con los dedos metidos entre el pelo, ó bien asomada á una ventana y persiguiendo distraída una visión cualquiera allá en el fondo de las nubes.

El estudio caía á una calle silenciosa y triste de donde no salían más ruidos que el de algunos pasos lentos y fatigados. Ahogábase uno detrás de aquellos cristales, y, para Mariana, el único horizonte para su mirada era una fachada de piedra, donde se estrellaba su pensamiento como se hubieran estrellado las alas de un pajarillo.

¡Ah! ¡Huir, escaparse al egoísmo solemne, á las teorías de Simón Kayser y vivir la ardiente vida de las que son libres, amadas, ricas, felices!

Mariana crecía acariciando siempre esa ilusión.

Tenía eternamente delante de sus ojos, como delante de su vida, aquella pared obscura, agujereada de ventanas que era la fachada de la casa que había enfrente del estudio del pintor, la cual tenía eternamente todas las ventanas cerradas, ya

fuese, en verano, por la ausencia de los vecinos que se iban á verancar, ya fuese, en invierno, á causa de la inclemencia del tiempo.

Así es que Mariana experimentaba continuamente, en el fondo del alma, el vacío amargo de las melancolías parisienses, la tristeza penetrante de los aislamientos absolutos, y ensueños irrealizables y dolorosos por lo tanto.

Así iba creciendo, con el cuerpo y el alma apisionados en aquella casa de donde no salía sino para dar una vuelta por las galerías del Louvre, del brazo de su tío, que inevitablemente, delante de los mismos cuadros, pronunciaba siempre con voz ampulosa los mismos discursos, y se enfadaba ó se extasiaba, según que los cuadros de los maestros encajaban ó no en su *manera*, en su *sistema*, en su *fe*. Y era de ver la actitud que adoptaba para pronunciar estas palabras solemnes: *¡Mi-sis-te-ma!*

Mariana sabía por anticipado todo lo que iba á decir: ¿Los Flamencos? Pintorcillos de tres al cuatro, sin ideal, sin trascendencia.—¿Y Ticiano? ¡Bah! ¡Mira ese Ticiano! ¿Dónde está el *pensamiento* en Ticiano? ¡un vendedor de carne fresca! ¡un carnicero! ¡un pintor de cortesanas! ¡Vaya una *moralidad* la suya! ¡El arte debía tener cierta majestad,

cierta dignidad, cierta virginidad, cierta idealidad!

¡Ah! esas palabras terminadas en *dad*, solemnes, ampulosas, pedantescas, sonaban hueco y penetraban en los oídos de Mariana como inyecciones dolorosas.

Siempre sacaba de sus visitas al Museo la impresión sombría de un paseo por el cementerio. Volvía á su casa con dolores de cabeza abrumadores y con una violenta y sorda cólera contra su suerte. Prefería el estudio de su tío con divanes deslustrados, con sus tapices que se defilachaban y que mostraban los agujeros hechos en ellos por los ratones. Allí, por lo menos, estaba sola, frente á frente consigo misma, roída por un temor cobarde, el temor al porvenir; allí al menos, aquella muchacha que lo había leído todo, comprendido todo, oído y visto todo, mancillada por las bromas de mal gusto del estudio de Kayser que á veces, y á pesar de las sacrosantas discusiones estéticas, más parecía un burdel que otra cosa; aquella virgen de cuerpo que no conservaba ni una sola de las virginidades del espíritu, podía replegarse sobre sí misma y preguntarse á dónde iba con aquella vida, en medio de su soledad y de su estrechez.

Carecía de dote porque su padre no había de-

jado nada. Kayser, no sólo era pobre, sino que tenía deudas. Carecía de oficio. Eso de andar por ahí dando lecciones de piano, suponiendo que las encontrase, le parecía á Mariana que era condenarse á cierta especie de servidumbre de honor. ¡Que lo hicieran los que tuviesen pretensiones á ganar algún día el premio Montyon! ¡Pero ella, jamás!

¡Ay! ¡cuántas angustias! ¿Cuál sería el final de semejante vida? ¿El matrimonio? Pero ¿quién la había de querer? ¿Uno de esos pintores sin talento que paseaban por el estudio de Simón Kayser sus teorías despreciativas y sus botas agujereadas? ¿Caer de una bohemia en otra, de la escasez en la miseria? ¿Ser la esposa de uno de aquellos pensadores desaliñados y sucios? Todo su ser se sublevaba sólo de pensarlo. Y por las entreabiertas vidrieras del estudio iban á ella bocanadas caldeadas, ardores de savia vivificadora que le producían desvanecimientos y fiebres. Con los ojos cerrados, tendida en un diván de terciopelo raído, con su hermosísimo cuerpo acariciado por la blanda brisa, soñaba despierta, y soñaba y soñaba.....

El despertar fué una locura, una calaverada, una fuga.

Había pasado por el estudio de la calle de Navarino un hombre más atrevido que los demás, un pintor que, en el cotidiano contacto, encendió su amor en la extraña llama de sus impúdicos ojos de virgen. Todo fué dicho con una mirada.

El encuentro con un desalmado decidió del destino de aquella muchacha. Cayó, no por ignorancia, ni por curiosidad, sino por rabia y por afán de desafiar á la suerte. Puesto que era una desdichada, aislada, sin padre, ni madre, ni familia, sin apoyo, sin amor, se decidía á sacudir el yugo de una vez y definitivamente. ¡Se sublevaba en toda regla...! y huyó con aquel hombre.

Era un muchacho guapo, sediento de placeres, que paseó orgullosamente su conquista, lanzó á Mariana en el montón de las queridas vulgares, y hubiese hecho de ella una prostituta, si la inteligencia superior, la voluntad y el disgusto mismo de aquella insensata no hubieran dominado, á la par que á su primer amante, el medio ambiente desastroso á que la impulsaba.

Kayser al saber la fuga de su sobrina no experimentó más que asombro. ¿Cómo no había sospechado jamás lo que se agitaba en aquella cabeza? Nadie conoce á las malditas mujeres, ni siquiera el mismo que las hace. Su propio padre no

hubiese sospechado nada, con que mucho menos un tío. Y después de estas reflexiones volvió á sus ilusiones de superioridad del arte.

—Además, después de todo—añadía el pintor—Mariana se había sometido á la ley natural. Para todos, libertad completa; ésta era otra de las teorías de Simón Kayser. Puesto que Mariana era mayor de edad, podía disponer á su antojo de su suerte, sometiéndose á una sanción severa de su conducta. Cuando *haya sondado toda la profundidad del abismo*—y Kayser decia esto fumando tranquilamente—ya volverá. El tío Kayser tendría siempre para ella un sitio en lo que él llamaba su hogar.

Y luego, Kayser se consolaba de la aventura con la santidad del arte, única que reconocía. Sobre este punto nada de transacciones. ¿Qué importaba al mundo que cayese en el fango una muchacha, aunque fuera su propia sobrina? La moral pública no padecía por eso. ¡Ah! pero si él mostrara al público un cuadro inmoral, ello sería harina de otro costal. La dignidad, la gravedad, la pureza del arte, muy bien. Pero ¡una mujer! ¡Bah! ¡Una mujer!

Y ya no se le volvió á oír hablar de su sobrina, ni volvió á pensar en lo que sería de Mariana.

En aquella vida de azares, que no era enteramente la de la cortesana, sino la de una mujer despreocupada que se venga de la sociedad, Mariana había encontrado á Guy de Lissac y lo había amado todo lo que ella podía amar. Guy le divertía. Con él hablaba de todo, se entregaba, hacía proyectos. ¿Por qué habían de separarse jamás? Se adoraban. Guy era rico ó vivía como si lo fuese. Mariana era una querida exquisita, de talento, que reunía diez mujeres en una. Guy estaba loco por ella, y cada día iba estando más apasionado. Mariana le repetía á menudo con sincera y profunda buena fe, que hasta que lo conoció no había amado á nadie.

¿Y su primer amante? Ni siquiera recordaba su nombre.

No tenían razón ninguna para no vivir eternamente unidos, haciendo vida comun, felices, atraídos por las mismas fantasías, excitados por los mismos gustos. ¿Por qué habían de separarse?

Y precisamente por esto mismo se deshizo Guy de aquella muchacha deliciosa. Tuvo miedo. No le veía el fin á aquella unión. La enamorada joven que lo seducía, iba camino de convertirse en otra cosa: en *cadena*. A veces llegaba á preguntarse seriamente si no acabaría por casarse con Maria-